



## EL CASTIGO DE LA ENVIDIA

Allá lejos, muy lejos, había un risueño valle con muchas flores, árboles y pájaros, lo que le había valido el nombre de *Pequeño paraíso*. Los habitantes de aquel hermoso rincón del mundo gozaban también de la presencia de varias hadas, que habitaban un misterioso castillo existente en lo más alto de una montaña.

Las hadas eran las protectoras benéficas del valle feliz, donde no existían descontentos ni desgraciados.

Los años pasaban dulcemente, hasta que la semilla de la envidia fructificó en un corazón de pocos años.

Vivían en una casa dos primos de doce años; uno asombrosamente hermoso y otro extraordinariamente feo. El feo, que se llamaba Diego, veía con celos grandes ponderar la belleza de su primo Juan. Y la gente poco prudente, solía exclamar sin consideración:

—¡Cuidado, qué diferencia de primos! ¡Si cada día es mayor la fealdad de Diego!

Este se desesperaba, y acariciaba planes de venganza que no sabía desarrollar, pero que le mordían muy hondo, muy hondo...

No se hubiera contentado con ser guapo, no; la envidia acumulada en su corazón sólo se satisfaría viendo á su lindo

primo sufrir las torturas que él estaba pasando. Pues por algo se dice que es la envidia *tristeza del bien ajeno*.

Un día que, mustio y taciturno, vagaba por la orilla del río que fertilizaba el *Pequeño paraíso*, oyó un grito agudo, corrió al sitio de donde había partido el ¡ay!, y vió que una de las hadas del castillo se había caído al agua y se iba á ahogar. Diego, que no era malo y que sólo su rostro feo había causado el que su corazón se dañase, no pensó en el peligro que podía correr su vida y se arrojó al agua; nadó ágilmente, y con grandes esfuerzos pudo sacar fuera del río al hada que estaba en peligro.

—Pídemelo que quieras, y te será concedido en premio á tu valor y generosidad.

—Quiero ser hermoso, y que mi primo Juan se vuelva horrible.

—¿No te basta con poseer tú belleza y atractivo?

—No; deseo que Juan sufra las mismas amarguras que yo sufro, y puesto que queréis premiar mi acción, concededme ambas cosas.

—No puedo negar nada á mi pequeño salvador. Te concederé lo que quieres, pero antes te suplico que lo pienses bien; el rencor y la envidia son malos consejeros, y quizá algún día sientas proceder mal. Confórmate con ser guapo y no hagas daño á Juan.



—¿Y lo que yo llevo padecido? No estaré satisfecho si no veo que él pasa tormentos iguales.

—Sea, pues; te lo he prometido; te debo la vida. Accedo a tu petición.

El hada desapareció, y Diego corrió á su casa, donde tuvo la satisfacción de contemplarse hermosísimo y ver á su odiado primo con un rostro que casi daba miedo.

Pero las hadas, disgustadas con el suceso, resolvieron, ya que no podían deshacer lo hecho por su compañera, dar una compensación al pobre Juan, despojado sin culpa de su belleza.

Bajó al valle el hada Justicia, tocó con su varita las cabezas de ambos primos durante su sueño, y se volvió al castillo.

Los niños crecieron, y al tiempo que el envidioso Diego aumentaba en hermosura, se volvía cada día más tonto y torpe. En cambio, Juan, á pesar de su fealdad, conquistaba siempre en todo los mejores puestos por su gran capacidad y claro talento.

Cuando llegaron á hombres y siguieron avanzando en el camino de la vida, el feo se vió rico, considerado y mimado por todo el mundo, merced á su maravillosa inteligencia y á la fortuna que con ella conquistó.

Diego vivió pobre, desvalido, abandonado de todos por su estupidez, y hubiera muerto de necesidad si su primo no hubiera cuidado de él.

Vean los pequeños lectores cómo la envidia y bajas pasiones no conducen á nada bueno. Pues si no se ven siempre en el mundo á las hadas, sí se advierte la mano de la Providencia, que ejerce de hada justiciera y compensadora.

MARÍA DE ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



## PLEGADO DE SERVILLETAS

Al volver Carolina del colegio y dirigirse, como de costumbre, al comedor para merendar, encuentra la puerta cerrada. En vano llama repetidas veces; Inés, la doncella, la dice desde dentro que no puede abrir. Acude en queja Carolina á su mamá, que confirma la orden; ella es quien ha dispuesto que no entren los niños aquella tarde en el comedor, cuya mesa están preparando para una comida de etiqueta. Carolina siente una gran curiosidad de ver la mesa adornada, y promete estar muy juiciosa, sin meter ruido ni tocar á nada absolutamente, si su mamá la permite entrar en el comedor, y á fuerza de ruegos y promesas, consigue el permiso.

La mesa está preciosa, la vajilla es lindísima, los centros rebosan de flores, la cristalería y los cubiertos resplandecen con mil reflejos... pero lo que más le choca á Carolina, es la forma en que Inés va colocando las servilletas, y tanto se fija en ello, que no tarda en aprender á plegarlas en formas caprichosas. Verdad es que la doncella es muy complaciente con Carolina, y la explica muy bien todo.

—Mira—la dice,—se extiende la servilleta bien estirada, y se van haciendo á lo largo ocho dobleces, bien derechos y bien iguales, y cuando está así plegada, se dobla por en medio, se mete en la copa y queda formando un abanico. (Fig. 1.<sup>a</sup>)

Esta otra forma es un poco más difícil. Se dobla así

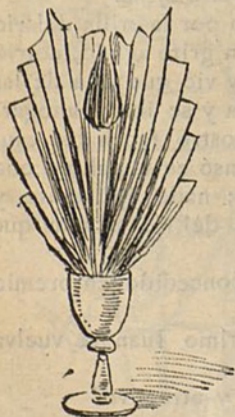


FIG. 2.<sup>a</sup>

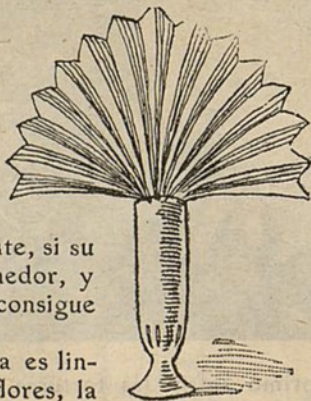


FIG. 1.<sup>a</sup>



FIG. 3.<sup>a</sup>

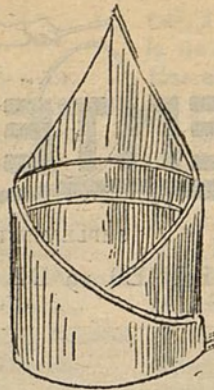


FIG. 4.<sup>a</sup>

de doblar como siempre por la mitad la servilleta, bajamos las esquinas de la parte de encima para que formen un pico, y la de detrás se dobla á lo largo, hasta la tercera parte de su altura, y cogiendo con cada mano una de las puntas, se mete la izquierda en el pliegue de la derecha y la derecha en el de la izquierda. En el hueco de la montera se coloca el pan. (Fig. 4.<sup>a</sup>)



FIG. 6.<sup>a</sup>

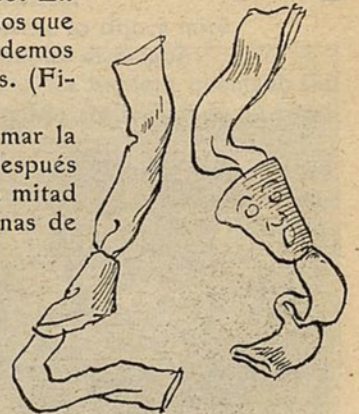


FIG. 5.<sup>a</sup>

El morito no es difícil haciéndolo con cuidado. Se dobla á lo largo y se hace un nudo, en el que se señala la cara; la parte de arriba se arroja como un turbante, y las de abajo como el cuello. (Figs. 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup>)

Carolina, desde que aprendió á plegar las servilletas, no deja nunca la suya metida sencillamente en su aro, sino que la da una forma caprichosa, todos los días distinta.



## LA ZORRA Y EL LORO

FÁBULA

Un loro que tenían en un convento, la libertad obtuvo y alzó su vuelo. Marchóse al campo y á los animalitos fué predicando. ¡Uno de los sermones tuvo este tema: ¡Bienes mal adquiridos nunca aprovechan! Le oyó la zorra, y murmuró entre dientes: —¡Vaya una broma! Si lo mal adquirido no aprovechase, arregladas estábamos las de mi talle. ¿Cómo me hallara tan gorda y tan alegre como unas pascuas? Dijo, y corriendo el monte llegóse al lago y con sus buenas mañas atrapó un pato, y muy contenta dijo:—Veremos éste si no aprovecha. El loro la seguía de rama en rama predicándola elogios de la templanza y reprendiendo

del pato inofensivo tan vil secuestro. La zorra iba quemada con sus razones, con el pato en la boca corre que corre, y huyendo... huyendo del jaral inmediato se entró en lo espeso. Cansado ya el lorito de predicarla la dijo:—Allá veredes lo que te pasa. Y ella le dijo: —Predicar en desierto sermón perdido. Cuando se quedó sola dándose tono, se encontró frente á frente de un tigre fiero. El, sin andarse en bromas, fué por la presa; la zorra le hizo cara por defenderla, y en el combate, perdió el pato y la vida miserable. El loro, que de lejos miró la escena, es fama que charlaba de esta manera: —Tarde ó temprano, lo que es mal adquirido se paga caro.

L.



Natividad González, Encarnación González, Jesús U. Tablada, Angel Mozo, Enrique U. Tablada, María Pardo, Elisa Sánchez, Pilar Raura, Julia Gascuñana, Teresa Pardo, Sra. de García, Sr. de García, Manolo, Andrés, Pepito Trápala, Julia, Etoira, Paquita, Sra. de Ramírez, Sr. de Ramírez

En el grupo fotográfico que publicamos, figuran los primeros actores en miniatura que han representado en Segovia la comedia publicada en las columnas de GENTE MENUDA, y han obtenido gran éxito por la formalidad con que han estudiado sus respectivos papeles, la propiedad con que se han caracterizado y el aplomo y la soltura con que los declamaron. Reciban todos nuestra felicitación.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

## LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

ACTO SEGUNDO

La escena representa un salón.

ESCENA PRIMERA

DOÑA AMALIA, DOÑA SEVERA, MATILDE, CLEMENCIA, BEATRIZ y LUISA. DOÑA SEVERA trabaja muy derecha sentada en una silla; DOÑA AMALIA y las cuatro niñas arreglan flores en unos jarrones; éstas van y vienen, mirando sin cesar hacia la puerta, muy agitadas.

DOÑA SEVERA. (*Descontenta.*) Estáos quietas, Beatriz, Luisa; tenéis una agitación... Eso es de muy mal género.

BEATRIZ. Pero, tía, considere usted que hace ya seis semanas que no hemos visto á mamá, y que la estamos esperando de un momento á otro.

DOÑA SEVERA. Eso no es una razón para estar yendo y viniendo como un oso en la jaula, llenando los vasos de ramos, como los criados; en fin, para tener maneras comunes y de muy mal gusto.

MATILDE. Creo que oigo el coche. (*Todas cuatro se precipitan á la puerta.*)

BEATRIZ. No, no es nada.

DOÑA SEVERA. ¡Esto es intolerable! Vengan ustedes dos á sentarse á mi lado, y no levantarse más.

LUISA. Pero, tía...

DOÑA SEVERA. No hay pero que valga, señorita. En mi infancia, cuando mi madre (porque yo no he tenido el mal gusto de llamarla mamá), cuando mi madre, repito, se ausentaba, yo esperaba tranquila, y de un modo conveniente, su vuelta, en el salón y en traje de sociedad.

BEATRIZ. Pero ¿y cuándo la sentía usted venir?

DOÑA SEVERA. Esperaba de pie en medio del salón á que mi madre entrara, y cuando la puerta se abría...

LUISA. ¿Corría usted hacia ella, y se arrojaba á su cuello?

DOÑA SEVERA. ¡Oh! ¡Qué maneras! Yo esperaba que ella viniera á mí; la hacía una profunda reverencia; me inclinaba para besarla la mano, mientras ella me besaba la frente, y esperaba para hablar á que ella me preguntara.

BEATRIZ. ¡Ay!, yo no podré jamás ser así de fría con mi mamá.

DOÑA SEVERA. Eso no es frialdad; eso es educación, esos son buenos modales.

MAT. y CLEM. ¡Mamá, mamá; mirad mamá!

(*Las cuatro niñas salen corriendo á recibirla.*)



# Gente Menuda

## ESCENA II

DOÑA SEVERA (se levanta).

¡Beatriz, Luísa, venid aquí! Dios mío, ¡qué modos!, ¡y pensar que no he podido reformarlas en seis semanas! (Se oyen los gritos de alegría de las niñas.) ¡Parece increíble! Una verdadera escena de patanes. ¡Y la institutriz! ¡Corramos con ellas! En mi vida he visto cosa por el estilo... Ya las veo venir; me revestiré de dignidad á fin de darles á todos una lección de buenos modales.

## ESCENA III

DOÑA SEVERA, de pie en medio del salón, medio inclinada, las manos sobre el pecho. Las señoras de VALLE y de ARTAL entran rodeadas de las niñas, y se dirigen á abrazar á DOÑA SEVERA, que haciendo mil reverencias se va haciendo atrás para dejar pasar á las señoras.

SRA. DE ARTAL. (Sorprendida.) Cómo, querida prima, ¿no quiere usted abrazarnos?

DOÑA SEVERA. Permitidme, señora y querida prima, que antes de abrazar á la parienta salude á la dueña de la casa.

SRA. DE ARTAL. No, mi querida prima; no vea en mí más que una amiga muy agradecida á los cuidados que ha prestado á mis sobrinas durante mi ausencia.

DOÑA SEVERA. Yo tengo el sentimiento de que esos cuidados no estén coronados de un buen éxito.

SRA. DE ARTAL. ¿Cómo? ¿Hay motivos de queja de Beatriz y Luísa? Me sorprendería mucho, porque ellas son buenas y dóciles.

DOÑA SEVERA. Perdonadme, querida prima, que no os res-

ponda en este momento. Cuando hayáis reposado, ya os pediré una audiencia de pocos instantes, en la que os expondré mis temores y mis esperanzas.

(Las niñas rodean á la SEÑORA DE ARTAL, que las abraza, y sale con MATILDE y CLEMENCIA del salón.)

(Continuará.)



## Una multiplicación curiosa

Puede multiplicarse un número de seis cifras por 9 sin saber multiplicar?

—Sí, señor, con tal de que se sepa restar, porque la cosa es muy sencilla. No hay más que añadir un cero á la cantidad y restar de ella la misma cantidad sin el cero.

Nos han dado, por ejemplo, la cantidad 362.425:

Escribamos.....	3624250
Restemos.....	362425
Nos dará.....	<u>3261825</u>

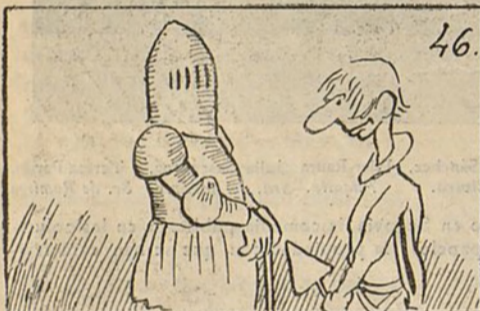
que es la cantidad que resultaría de multiplicar 362.425 por 9.



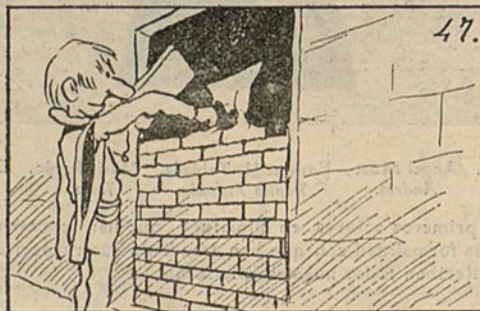
## CHARADA

- ¿Es animal dos primera? y brilla como la plata.
- Tercera. —Si así es
- ¿Será entonces vegetal? ya estoy en prima dos tres
- ¡Primera! Es un mineral de saber de qué se trata.

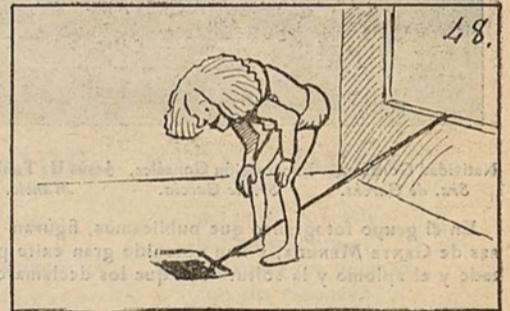
## EL PAJE DEL CONDE DON MENDO (Conclusión.)



46. D. Mendo, para llevar á cabo su tremenda justicia, llamó á un albañil.



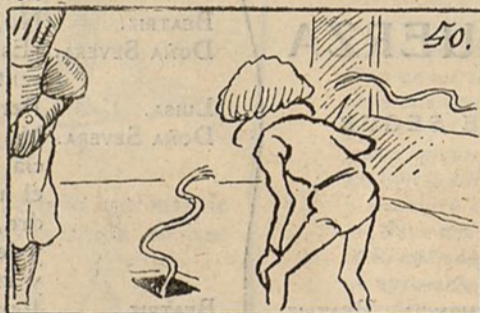
47. El cual, obediendo sus órdenes, tapió la puerta del salón.



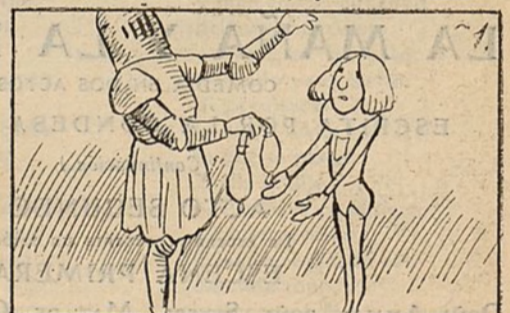
48. Galaor escuchó desde la mirilla las impresiones de los bandidos desesperados.



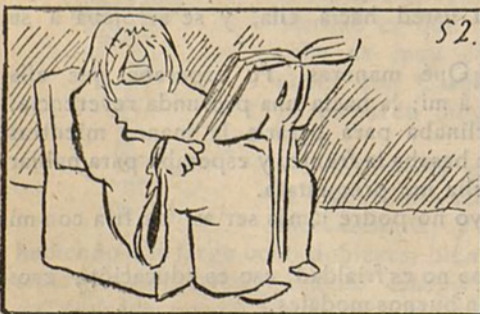
49. El mandato de D. Mendo debía ejecutarse, y el paje cortó la cuerda.



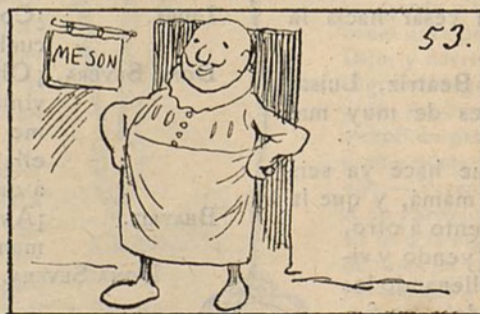
50. La caída al pavimento de aquellos desalmados, produjo un estrepito espantoso.



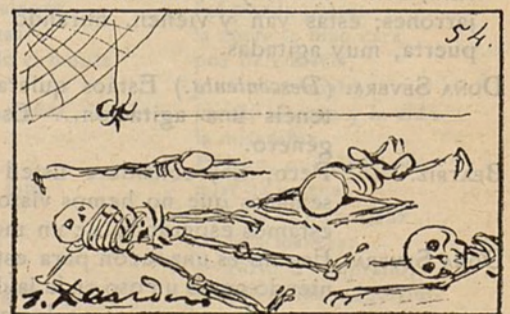
51. D. Mendo, agradecido á su salvador, le remuneró espléndidamente.



52. Pasaron los años; D. Mendo se dedicó al estudio y á piadosas lecturas.



53. Galaor vivió feliz, dueño de una hostería que le producía buenas doblas.



54. En el tapiado salón quedaron los restos de los criminales para escaermiento de picaros.